

RESENHAS

DOI:10.4025/rbhranpuh.v8i23.26829

ZAMAGNI, Gianmaria, Fim da era constantiniana: Retrospectiva genealógica de um conceito crítico, Istituto per le scienze religiose, Testi e ricerche di scienze religiose, Bologna, il Mulino, 2012, 197 p. ISBN 978-88-15-13802-6

Recebido em 26/02/2015 - Aprovado em 07/03/2015

Fim da era constantiniana

Sebastián Pattin (Alemanha)¹

El modelo teológico-político de la “era constantiniana” se configuró durante siglos como un ideal de relaciones entre el poder eclesiástico y el poder político, entre la Iglesia y el soberano. Este ideal emergió en diferentes coyunturas históricas y caracterizó - y moldeó- un largo período en la historia del cristianismo y de la historia política europea. El Edicto de Milán, firmado en 313 por Constantino y Licinio, configuró, junto con la conversión religiosa de Constantino y el cambio de su política religiosa, un parteaguas en la historia del cristianismo que se coronó con el Edicto de Tesalónica en 380 cuando adquirió el estatus de religión oficial del Imperio romano. Es decir, se inauguró una alianza entre poder temporal y poder espiritual. En ese sentido, la ecuación entre el poder argumental-simbólico de la teología y el poder institucional-práctico de los emperadores y soberanos respaldó durante diecisiete siglos políticas beneficiosas para la Iglesia permitiéndole la conservación del poder adquirido.

A modo de advertencia preliminar, es necesario destacar que este trabajo no gira en torno a Constantino y la etapa imperial romana, tampoco alrededor de la historia de los efectos inmediatos de los actos político-religiosos del primer emperador cristiano en tanto tipo ideal de relación entre la iglesia católica y el soberano. La obra del Dr. Zamagni es la reconstrucción histórica de un concepto, a través de un recorrido por las tesis de intelectuales que en diversos momentos históricos y contextos nacionales europeos se interrogaron por el estado y la suerte del cristianismo anunciando el fin de la era inaugurada por Constantino, al interior del catolicismo del siglo XX. La pesquisa se centra, entonces, en cómo “el fin de la era constantiniana” se ha reactivado como

¹ Estudiante de Doctorado en el Cluster de Excelencia “Religión y Política” en la Universidad de Münster, Alemania. E-mail de contacto: pattin@uni-muenster.de

concepto heurístico -y al mismo tiempo performativo- en diversas circunstancias históricas e institucionales. En definitiva, el modelo constantiniano operó como horizonte de expectativas en una institución que demostró ser incapaz de comprender la profundidad de los nuevos contextos sociales, culturales y políticos.

La obra *Fin de la era constantiniana* se organiza estructuralmente en un prólogo -elaborado por el prestigioso teólogo italiano Giuseppe Ruggieri-, cinco capítulos con contenidos densos y abigarrados, y conclusión. Así Zamagni, historiador de los conceptos religiosos del Cluster de excelencia de la Universidad de Münster en Alemania, examina las obras, las apropiaciones, los marcos históricos de Marie-Dominique Chenu, Friedrich Heer, Étienne Gilson, Emmanuel Mounier, Jacques Maritain, Ernesto Buonaiuti y Erik Peterson, en la búsqueda de la operación conceptual en torno al “fin de la era constantiniana”. Valga detallar, la obra se sostiene en una triple temporalidad que incluye las lecturas del devenir histórico de Constantino, el contexto de estos autores del siglo XX y la apropiación que se activa con el mecanismo de lectura presente.

En esta genealogía el criterio de selección de los autores se fundó en la finalidad divulgativa de sus obras. Esta característica convierte los trabajos intelectuales en fuentes privilegiadas para recuperar el debate vivo de cada tiempo. Sin pretensión de exhaustividad, pero con rigor metodológico. El “fin de la era constantiniana” es un concepto con fuerza performativa que, más allá de ser un problema científico, operó (y opera) dentro de la grey como idea fuerza que, por otro lado, interesó a estas personalidades que pujaron por un *aggiornamento* de la Iglesia. Es decir, los autores convocados, preocupados por la Iglesia y la autenticidad de su mensaje, consideraron que la Iglesia debía retomar la senda del auténtico mensaje evangélico. Huelga notar que los discursos liminales analizados por Zamagni son, en definitiva, propuestas que promovieron una discusión abierta desde, paradójicamente, los márgenes del propio catolicismo. Estos autores escribieron, conscientes de la incertidumbre doctrinal y el potencial peligro, desde las fronteras y siempre al filo de la exclusión.

El método genealógico adoptado por Zamagni conlleva, en un punto, la propia delimitación de la empresa investigativa. El concepto de “fin de la era constantiniana” que emergió nuevamente en la discusión en los albores del Concilio en los primeros años de la década de 1960 fue rastreado, dentro de la posibilidad documental, a su origen. En ese sendero el autor llega a la primera posguerra cuando se reacciona en contra de una instrumentalización política del contenido religioso. No obstante ello, el concepto es dinámico no sólo por la formación teórica y disciplinaria de cada autor, sino también por el contexto típico de principios de siglo XX donde surgió una constelación de conceptos relacionados con “el fin de la era constantiniana” utilizados para diagnosticar y finalmente generar -en un guiño al gran historiador de los conceptos Reinhart Koselleck- una crisis de un régimen de cristiandad. Esta crisis envolvía la transformación del tipo de estructura institucional. En ese sentido, a grandes rasgos Zamagni encuentra dos conjuntos de oposiciones mientras que, por un lado, está la impugnación teológica a cargo de Heer, Bonaiuti, y Peterson, por el otro, la histórico-profética en manos de Étienne Gilson, Emmanuel Mounier y Jacques Maritain.

En un gesto propio de la genealogía Zamagni inicia por el final hilando un camino posible zigzagante y rocoso en torno a este concepto tan problemático para el cristianismo. Así en el primer capítulo, *‘El fin de la era constantiniana’ en M.-D. Chenu*, gira en torno al medievalista dominico Marie-Dominique Chenu (1895-1990) y sus dos ensayos *El fin de la era constantiniana* de 1961 y *La iglesia y el mundo* de 1963 donde anunció el retorno al Evangelio a través de una progresiva retirada de la religión de la esfera política. Chenu, quien tuviera una gran influencia en el Concilio sobre todo en la elaboración de *Gaudium et spes*, batalló fuertemente por la superación de la “era constantiniana”. El Renacimiento, la Reforma protestante, la Revolución Francesa y la acelerada secularización exigieron una nueva relación entre la Iglesia y el mundo. La tarea del católico ya no era la elaboración de un mundo cristiano, sino de identificar los fermentos con los cuales el cristianismo había colaborado para la construcción del mundo. El mito de la “era constantiniana” ya había dado lugar, en las órdenes mendicantes del siglo XIII y en otras órdenes religiosas, a un modelo afín a la primera comunidad de Jerusalén.

Es necesario recordar que el Concilio intentó reverdecir las costumbres de los católicos a través de una recuperación de aspectos comunitarios del cristianismo primitivo, en claro contraste con el ‘modelo constantiniano’ que había dado origen a una cristiandad triunfalista y jerárquica. En el mismo sentido, se contrapusieron públicamente dos modelos eclesiales, mientras que el primero entendía a la Iglesia en tanto *societas perfecta* como una institución jerárquica, piramidal; el segundo, la identificaba como una reunión del *pueblo de Dios*.

En el segundo apartado, *‘Entre Constantino y Hitler’*. *La Europa de Friedrich Heer*, el autor se centra en el historiador vienés Friedrich Heer (1916-1983) quien fuera un férreo opositor al régimen nacionalsocialista. Zamagni señala, a través del análisis de, entre otras obras, *Das Experiment Europa. Tausend Jahre Christenbeide* 1951 y *Die Tragödie des Heiligen Reiches* de 1952, que Heer vio la repetición y el desenvolvimiento del modelo político-teológico de la “era constantiniana” en Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico que unió en un claro uso político la cruz cristiana -símbolo típico de la victoria militar de Constantino- y la espada. El estudio de dicho periodo tuvo el propósito fue demostrar una pluralidad de movimientos e instituciones que amenazaban la alianza de la “era constantiniana”. La narrativa de Heer estableció, en un intento por explicar los problemas del propio tiempo, que la historia entre el poder temporal y el poder espiritual era tensa, ambivalente y espinosa. El estudio en torno al Imperio sacro de Heer, en el cual Carlomagno fuera definido como el Patriarca del Estado totalitario europeo, se enmarca en lo que fue conceptualizado como la mayor tragedia europea con el Nazismo y los regímenes totalitarios europeos del siglo XX que esbozaron la asociación entre religión y Estado, entre la cruz -la esvástica- y la espada. Si bien Hitler fue la demostración palmaria de las consecuencias negativas de la alianza entre el poder temporal y el poder terrenal, también fue indicador de la conclusión de los Imperios sagrados o del espíritu constantiniano.

En el tercer capítulo, *‘El espíritu’ de Paris: Étienne Gilson, Emmanuel Mounier y Jacques Maritain*, a partir de Emmanuel Suhard y su distinción conceptual -y teológica-

entre Iglesia y cristianismo, entre cristianismo y cristiandad, recorre las obras de Étienne Gilson (1884-1978) *Pas d'illusions rétrospectives*, de Emmanuel Mounier (1905-1950) *L'agonie du christianisme?* y de Jacques Maritain (1882-1973) *Humanisme intégral*, quienes integraron la revista *Esprit*. Estos autores, que tuvieron una profunda influencia en Latinoamérica, sin dejar de reconocer con matices diferenciales los efectos beneficiosos de la “era constantiniana”, en tanto el cristianismo penetró capilarmente en toda la vida civil y política, consideraron que, en este nuevo contexto, devenía obsoleto y que se debía superar a través de una “nueva cristiandad” profana, plural y democrática. En la cuarta sección, titulada *El tercer éxodo de Ernesto Buonaiuti*, Zamagni visita a Ernesto Bonaiuti (1881-1946) sacerdote, académico y estudioso de la historia del cristianismo quien fuera censurado, excomulgado y privado de seguir dando clases en la Universidad de Roma. En sus trabajos llegó a considerar que el cristianismo había comenzado su decadencia, perdiendo su capacidad normativa y pedagógica, cuando estimó que tenía al mundo en la mano. En definitiva, el sacerdote italiano en *Storia del cristianesimo* y en *Il tramonto cristiano* cuestionó la transformación de un sistema filosófico y teológico en una organización burocrática que no reconocía que la salvación provenía de los valores propios de un cristianismo primitivo. Asimismo, Bonaiuti indicó que la finalización de la segunda guerra mundial, con la caída de los totalitarismos europeos, también señaló la conclusión de esta complicidad innatural entre Iglesia y política.

En el último capítulo Zamagni visita a Erik Peterson (1890-1960), *La imposibilidad de una 'teología política': Erik Peterson*, quien denunció en las páginas de *Christus als Imperator* de 1936 y *Der Monotheismus als politisches Problem* de 1935 las elaboraciones intelectuales que atribuían epítetos monárquicos a Dios. El movimiento denunciado por el teólogo alemán es doble, es decir, tanto la traducción de lo político a lo teológico como la atribución al poder terrenal de los atributos metafísicos o divinos. Peterson, quien discute con Carl Schmitt, apuntó a impedir la construcción de un principio monárquico en la religión, es decir, despojar el uso político-funcional de la teología católica para reforzar la alianza entre el poder religioso y el poder político.

Ahora bien, ¿por qué esta obra interpela a quienes nos dedicamos a la historia de la religión en América Latina? El modelo constantiniano no solo operó como horizonte de expectativas de la institución en Europa, sino también en nuestro continente donde, por otro lado, surgieron teologías que, con apropiaciones particulares, permanencias y discontinuidades, bebieron de estas fuentes teológicas y políticas que lo cuestionaron. En estos autores se encuentra tanto un gesto contestatario a las narrativas oficiales de la historia de la Iglesia como una crítica contra la alianza de la Iglesia con los poderes políticos. Es decir, la Iglesia debía estar en el mundo, pero ser crítica de él. Esta obra aporta un recorrido abigarrado y espinoso de un concepto que tuvo larga vigencia y que, en definitiva, resulta fundamental para comprender la relación estrecha que se estableció entre el catolicismo y la política en los países de la región.